

ESTA semana en Madrid algunos actos de interés han roto la armoniosa mediocridad que nos envuelve. Aparte de alguna cosa chusca que haya podido soltar Ricardo de la Cierva, no sé, alguna apasionante gansada o similar, la cultura, como siempre, ha ido por su cuenta: después de siete años de silencio, Juan Barjola ha inaugurado una exposición potentísima en la galería Biosca; Eusebio Sempere ha presentado una retrospectiva de su obra en la Biblioteca Nacional; en la galería Juana Mordó se exhibe una buena muestra de Boudin; en algunas salas de arte de la calle Claudio Coello se han pronunciado conferencias en homenaje a Solana y el cantante Raimon ha ofrecido tres recitales en el cine Alcalá-Palace.

Resulta que mientras agonizaba un dictador y Arias Navarro trataba de remediar su bebedero de patos, mientras la democracia llegaba bajo un convulso tiroteo en las esquinas, un gran artista trabajaba en la soledad de su estudio como si nada, lejos de cócteles, manifiestos, gritos y comunicados. Juan Barjola ha dado una lección de cómo se construye un país, ha expresado con un refinadísimo desgarrero la forma de no ser un hortera ni en arte ni en política. Lo mismo se puede decir de Eusebio Sempere. Por otra parte, ya se sabe que Solana permanece vivo, como un espejo para nuevas máscaras. Las mismas destrozadas siguen sentadas en los mismos despachos. En estas circunstancias ha regresado a Madrid el cantante Raimon.

Queda en el recuerdo mitológico la actuación de este artista en el Pabellón de Deportes del Real Madrid cuando esta democracia estaba a punto de romper aguas. Medio Parlamento actual, sentado entonces en aquel graderto de cemento, tenía una cerilla encendida para iluminar el culo de saco del franquismo mientras los gritos desgarrados, los gallos patéticos de este cantante se convertían en la señal de identidad de una oposición bastante apaleada. Aquella lírica rodeada de metrallas, las canciones políticas orquestadas por el ulular de sirenas policíacas, los recitales repetidamente prohibidos, los estribillos coreados por un público de tendencias revueltas, de intereses ideológicos todavía no concretados forman el karma de este artista. Ahora cada mochuelo está ya en su olivo, en su escaño, en su partido, en su sindicato o en su teledi particular.

La semana pasada, casi de puntillas, Raimon volvió a Madrid, antiguo campo de batalla, ahora convertido en una jaula de grillos, con el ánimo de ser oído y juzgado sólo por su estética. Lo que busca no es nada fácil, él lo sabe muy bien. Encontrar su espacio alejado de la frivolidad de las salas de fiestas y del programado fervor del mitin, en un recinto donde su trabajo se convierta sólo en cultura, en un deleite en sí mismo, es un empeño bastan-

te arduo cuando la gente tiene la cabeza en otro lugar. El público madrileño de la semana pasada era un resto del naufragio, jóvenes ya talludos que aún recordaban el recital en la Facultad de Económicas, nuevas barbas que no lograron entrar en el Pabellón de Deportes, nostálgicos de aquella protesta tan viva de los años sesenta. Los políticos no estaban. Ahora andan muy atareados en sus cosas. Son personas respetables, con el nudo de la corbata encajado perfectamente.

Dentro de su heterodoxia me gusta mu-

RAIMON Y OTRAS NOSTALGIAS

MANUEL VICENT



cho cómo canta Raimon. Me gusta precisamente por su heterodoxia, porque no es un tipo ahormado en el molde aburrido de una fábrica de discos. No es un producto de consumo, algo que sirve para mover las caderas un par de temporadas y después se tira en el depósito de envases. Para empezar en un buen poeta, tiene una voz patética y desgarrada. Su misma imperfección técnica le da un aire agraz, verídico, como un sentimiento de primera mano, algo directo y en mangas de camisa. Pero esto no es una crítica musical.

Raimon trajo en su repertorio algunas canciones ya míticas de la resistencia contra la dictadura. Esos políticos de la oposición, que comen tanto, tienen que saber que suenan igual que entonces. El

Digem no está tan vivo ahora como cuando ellos andaban con el panfleto atiborrando los bolsillos. De modo que no estaría mal que se dieran una vuelta por aquí para sacar brillo a su conciencia. Raimon también cantó una nueva poesía algo amarga, desencantada, que resume muy bien la sensibilidad de las nuevas generaciones políticas. Siempre pasará igual. Raimon nunca podría musicar la belleza descomprometida de un cuello de cisne, un crepúsculo lívido o un amor juvenil sin añadirle una nota sociológica, una intención existencialista de guerrillero cansado.

Lejos del jolgorio político, sus tres jornadas en Madrid sirvieron para aglutinar a un grupo de paisanos interesados en la Acció Cultural del País Valencià. Fue algo muy simple. Una agradable conversación de librería y después una cena en un restaurante según el ritual de costumbre. La vista de Raimon fue el pretexto para que unos valencianos, entre ellos Genovés, Sempere, Zamorano, García Candáu, Andréu Alfaro y otros jóvenes llegados de la patria, como Jordi Pitarch y el que esto firma, detrás del espejo se lamieran los traumas de Madrid frente a un quisote de carne y a los postres alguien hiciera sonar la cucharilla en la copa de vino para reclamar silencio entre tanta amargura con objeto de pedir colaboración en talento y ayuda en dinero para despertar de una vez la identidad cultural de la gente valenciana.

Después del segundo recital, unos amigos acompañamos a Raimon por la noche de Madrid hasta recalar en un Vip's. No sé, Raimon le trae a uno la nostalgia de los botes de humo y las balas de goma. La ciudad estaba desierta, en la media luz de la madrugada. En el corrillo de la cafetería se habló de los viejos tiempos de la Facultad de Filosofía en Valencia, de aquellas primeras novias que desaparecieron de nuestra biografía. Orillando metódicamente la época en que Raimon era un héroe musical de campo abierto, de garaje de barriada, de salón de máquinas, de fábrica en polígono industrial, la conversación saltó a su trabajo actual, nueva poesía, nueva música para estos tiempos de mediocridad, conformismo y desencanto.

Todo es anodino, sopla un ventarrón de Cuaresma, los escaparates están apagados, Ricardo de la Cierva habrá soltado alguna genialidad de tercero de Bachillerato. A las tres de la madrugada he dejado a Raimon en una acera, levantadas las solapas del abrigo, las gafitas doradas de profesor, el bolsón de su guitarra colgado al hombro. De regreso a casa he pasado frente a la Biblioteca Nacional, donde duerme la retrospectiva de Sempere, he cruzado por la galería Biosca, donde los monstruos patéticos, líricos y desolados de Barjola orbitan el vacío de nuestra cultura. Raimon tiene aún un largo camino que recorrer en la noche. Yo me voy a dormir. ■